



Edward Albee

TEATRO

UNA reposición curiosa en el I.A.M. (Instituto de Arte Moderno), "Historia del Zoo", de Edward Albee, alerta sobre el momento difícil por el que atraviesa nuestro teatro. La pieza de Albee ha sido dada con frecuencia en nuestro país y es una favorita entre los teatros independientes por varias razones. Algunas tienen que ver con el momento de crisis de autores argentinos, lo que se proyecta en la escasez de creación teatral y en la reposición de piezas que exigen poco elenco, aunque también nada más y nada menos que un excelente trabajo de actores. Decimos que la reposición es curiosa porque se nos ocurre que inaugurar una vigésima temporada es algo excepcional para un teatro, que se sostiene de manera privada y al mismo tiempo pensamos que la fecha marca un mojón digno de ser celebrado con una reposición o, mejor aún, con un estreno de autor nacional.

No se trata de adoptar falsas posturas nacionalistas, sino simplemente de señalar extrañeza ante la carencia de un rasgo que debiera resultar espontáneo y afectivo, y puesto que después del cariño por uno mismo viene natural e impensadamente el del medio en el cual se nace, se padece, se goza, se odia, se ama o simplemente se vive, nos preguntamos si la reposición del I.A.M. obedece a factores de crisis teatral o a mera disposición del ánimo.

Esto no significa de suyo menoscabo alguno para el autor norteamericano que siempre nos sorprende con esquemas dramáticos muy simples, que parten de lo real y se elevan a situaciones sutiles y tocantes porque participan de un sentir universal. Es decir que esas situaciones son siempre apretadas síntesis de verdades conocidas por el dramaturgo e intencionalmente estilizadas con proyección simbólica.

Así acontece en otras obras de Albee como "La Caja de Arena", "La Muerte de Bessie Smith" e "Historia del Zoo", donde la inspiración se nutre del medio ciudadano neoyorquino. Su protagonista, producto de padres descalabrados, está como enfermo de civilización, como extraviado entre formas

vacías de contenido. Nada le sugiere un orden sustancial que justifique haber nacido.

La soledad es siempre la experiencia más vital de los personajes de Albee. Y quizá por eso mismo el hombre crece para el hombre, aunque en definitiva sea incapaz de establecer vínculos auténticos; sabe que la comunicación es lo único que puede salvarlo. Pero eso que es tan sencillo como el milagro, en la medida en que se vuelve esquivo decreta el círculo vicioso: no hay comunicación porque se la busca desesperadamente y se la busca desesperadamente porque no está.

El tema parece gravitar de tal manera sobre este dramaturgo, que a riesgo de darnos una estructura dramática de peligroso quietismo, sigue el recorrido interior de su protagonista, Jerry, en su parábola de vida. A través del casi monólogo que es la pieza, el autor muestra cómo se ha ido hundiéndose la voluntad y la visión se ha vuelto de tal manera lúgubre que toda posibilidad de amigarse con la existencia es nula.

Jerry viene a imponer su fugaz intercambio agresivo, en un abordaje callejero equívoco, como ya lo han advertido críticos adictos al psicoanálisis, su incapacidad de atraer sobre sí la atención del interlocutor lo vuelve cada vez más fascinante como personalidad que se desnuda. Albee contrapone, a través del frustrado diálogo de estos desconocidos, el orden del mundo burgués, representado por un ser común, concreto, individual, alienado en la civilización del orden social establecido, y el mundo estrafalario, angustiado, conflictivo, de Jerry. Pero todo es inútil; la desesperación no toca al prójimo, y ni siquiera por mala voluntad, sino por sordera sensible, tacto grueso, mirada corta. Jerry ya lo sabe: los hombres se vuelven tan insensibles como el perro de su historia, que lo ignora, por necesidad de adaptación, o porque quizá también él sea desdichado sin saberlo. Pero por una vez en su vida Jerry ha decidido ser algo para alguien.

Albee convierte así su historia en símbolo de nuestra realidad y al protagonista en arquetipo de aquellos a quienes la realidad los destruye, transmitiéndoles esa lucidez demencial que sólo sirve para ver lo que más daña al mismo ser que mira.

El personaje de Jerry a cargo de Ignacio Quirós estuvo empañado por una serie de gags exteriores, alardes gestuales e innecesaria vociferación.

Naturalmente, es válida una interpretación distinta de la que realizara durante su visita de tres temporadas atrás el Actors' Studio de Nueva York durante su arribo al Coliseo de nuestra ciudad, pero siempre que haya convicción en la línea de tratamiento del personaje, y eso es precisamente lo que falta en la interpretación de Ignacio Quirós. Roberto Germán acompañó al protagonista desempeñando la difícil parte de ser el que escucha, sin decir, desentendiéndose o alarmándose por momentos y transmitiendo siempre esos matices sin palabras.

Marcelo Lavalle, con frecuencia hábil en la dirección de la comedia y el vaudeville, no reveló aquí el acierto de una puesta en escena. ♦

Mirta Arlt